

Los cristianos ante la crisis mundial

PRIMERA CONFERENCIA



Presidente

JAVIER MORILLAS GÓMEZ¹

Catedrático de Economía Aplicada,
Universidad CEU San Pablo

Estimado Camdessus, querido Michel:

Llegas a un país que, con gran esfuerzo, está saliendo de la más dura recesión económica que, como sabes, ha atravesado Europa desde los años 30. Estábamos acostumbrados a que durante los últimos 85 años cada una de las crisis que se han sucedido era inferior en intensidad a la inmediatamente precedente. Pero he aquí que esta tendencia se ha roto. Y que la actual crisis ha superado en intensidad a todas las anteriores; salvo precisamente a aquella de los años 30 que, recordamos, con su gran impacto social en los países europeos desembocó en una cruenta guerra civil europea que, enlazando una quiebra social con otra, se extendió entre 1936 y 1945.

Felizmente la reciente última crisis no se ha sustanciado como aquella. Y esto ha sido así porque en nuestros países, durante todas estas décadas, centenares de miles de personas, de cristianos, actuando en cada país, individualmente o conformando equipos; como De Gasperi, Adenauer, Schuman..., cada uno desde su país, Francia, Alemania, Italia..., han sido capaces de ir aportando ideas, cuadros políticos, creando obras. Obras como la que hoy nos acoge. Impulsadas desde 1908 por personalidades como Ángel Herrera, Ayala, Federico Salmón, José Larraz, o más recientemente todos los grandes protagonistas de los años 70 y 80 (Cavero, Osorio, Oreja, Otero Novas...); contribuyendo a inspirar y conformar un tejido social y productivo que ha sentado las bases para la construcción de nuestras sociedades actuales; que han sabido compaginar la difícil ecuación entre eficiencia y equidad; creando un marco, una red y un Estado de cohesión social a través del pensamiento de la Doctrina Social de la Iglesia, concretado en lo que hemos llamado la "economía social de mercado". Una economía inclusiva, que avanza con todos, que se acuerda de todos, que a nadie deja atrás, que integra a todos.

Porque sabemos que los procesos de desarrollo pueden no darse en cualquier sitio. Son como las semillas, que pueden caer en el asfalto. Pues

¹ Transcrito por audición.

siempre para crecer necesitan de un entorno. Y así, desgraciadamente, nos encontramos países ricos –en materias primas o hidrocarburos– sumidos en la pobreza; y países pobres como los nuestros –con tierras poco fértiles, subsuelo pobre, sin minerales estratégicos– pero generando entornos de mayor bienestar. En definitiva, países pobres con gente rica, y países ricos con gente pobre que, por carecer, carece hasta de un marco de valores claros sobre la persona humana y, por lo mismo, con grandes dificultades para conformar sociedades y Estados eficientes, ambientes seguros y libres que favorezcan su salida del estancamiento económico. Como dijera nuestro González de Cellorigo (1600): “El mucho oro no sustenta a los Estados, ni está en él la riqueza de ellos”.

La religión forma parte de lo que un Nobel de Economía, Douglas North (1993), denomina instituciones informales; que junto a las formales, e influyéndose mutuamente, van determinando los incentivos que llevan al conjunto de los ciudadanos de un país a adoptar unas pautas de comportamiento u otras; respecto al trabajo (según en qué ramas de actividad, o qué y cuántos, más o menos, días al año...), con distintos niveles de ahorro, de gasto, de inversión, de donación, de “solidaridad”; *compassion, charity* lo llaman en otros países, utilizando unas palabras que a mí me gustan más.

Y es que la Biblia y los evangelios, fuente para todos los cristianos, están llenos de referencias a una escala determinada y concreta de valores de gran trascendencia económica: la separación entre Dios y el César; el Gobierno y el Imperio de la Ley; nos estimula la parábola de los talentos, que a cada uno obliga a la multiplicación de los mismos; buscamos echar las semillas en tierra fértil; le damos la importancia al cuidado y podado de la viña; al esfuerzo, a la austeridad, al comerciante diligente, a la luz del celemín que debemos sacar para alumbrar a nuestro alrededor; del árbol que no da fruto que ha de cortarse y echarse al fuego; a la importancia de la familia, de la oveja descarriada, de la acogida del hijo pródigo, el no robar, no engañar, rechazar la envidia, respetar a los mayores, y avanzar en todo lo que hoy denominaríamos cohesión social, dentro de las enseñanzas que, desde nuestra Escuela de Salamanca, han venido a conformar esa Economía Social de Mercado y el desarrollo del mundo occidental, frente a los resultados de otros mensajes religiosos.

Con unos valores que han creado los incentivos suficientemente fuertes como para hacer lo que hacemos; como para ser lo que somos; como para conformar hoy las sociedades que tenemos: las de mayor nivel de bienestar, de innovación tecnológica, que nunca se hayan conseguido antes en la historia de la humanidad; con todos sus defectos y necesidades de mejora, a los que nosotros también atendemos desde este Congreso.

Porque si una religión prohíbe la representación de su Dios, limitará la innovación, y esa misma amputación del intento humano por representar la perfección castrará el desenvolvimiento del arte, la pintura, la escultura,...; incluso su eliminación. Si otra considera la divinidad o impureza de un animal, no habrá desarrollo de esa rama de producción, obstaculizando el desenvolvimiento de las pequeñas economías familiares, la lenta acumulación de ahorro intergeneracional; por no hablar de todas las prácticas, ablaciones y discriminaciones que todavía no han sido arrinconadas en muchas partes del mundo por el mensaje de Cristo, como lo han sido ya los sacrificios humanos o rituales propios de otras "civilizaciones".

Así, los valores religiosos, en tanto que instituciones informales, incentivan o desincentivan el progreso y la innovación en una sociedad, y no son -ni han sido- neutrales en cuanto a la promoción del crecimiento económico.

Michael Novak, economista norteamericano, también ponente de nuestros congresos, en su libro *La ética católica y el espíritu del capitalismo* (1993), rebatiendo a Max Weber, sostiene que el mejor modo de salvar el capitalismo de sus excesos autodestructivos es basándolo en los principios morales de la religión central de Occidente. La polémica ha sido continuada por Buchanan, Alex Chafuen, también aquí participante, y otros. Como antes la Escuela de Salamanca, con nuestros Tomás de Mercado, Juan de Mariana o Diego de Covarrubias. Autores que vinieron a mecer la cuna de la economía y nuestras sociedades modernas nacientes desde arraigados principios morales.

El cardenal Schönborn recordaba en la catedral vienesa de San Esteban el pasado 11 de septiembre los atentados de Nueva York cuando, al tiempo, se cumplían los 333 años del aniversario en que Viena se salvó del asalto de las fuerzas otomanas. Y que, de no haber resistido Viena, habrían penetrado hasta los confines occidentales del continente "con consecuencias impredecibles". Schönborn dedicó su homilía a la situación actual de Europa, preguntándose si hoy podría tener lugar un tercer intento de conquista, añadiendo que "muchos lo desean, creyendo que Europa está acabada". Recordando las palabras de Juan Pablo II: "Europa, se tú misma. Vuelve a tus raíces". O al Papa Benedicto en la Universidad de Ratisbona, (2006) y "la importancia de armonizar Fe y Razón".

Porque el papel de la Razón vinculada a la Fe, y los incentivos que se generan en la sociedad, son clave. Porque de los incentivos y su virtud dependen los modelos de sociedad; sin virtud es imposible ocuparse del bien común. Pero la virtud sabemos que es escasa, por lo que tampoco hay que fiarse mucho de los "virtuosos", y menos "de los presuntos virtuosos", que incluso

podían encontrarse –decían nuestros escolásticos– por las esquinas dándose golpes de pecho. Como hoy podrían diferenciar a los creyentes practicantes, los creyentes no practicantes, e incluso los practicantes no creyentes.

La economía social de mercado está vinculada al optimismo. Emprendemos porque creemos en el futuro. Una sociedad, una familia, unos padres que emprenden, que ahorran, es porque apuestan por el futuro. De ahí la continencia en el gasto, pues de otra forma no tendría sentido tal sacrificio del gozo del presente. Un optimismo que juega con el riesgo. Si somos optimistas emprendemos, actuamos, ahorramos, nos movilizamos, invertimos, creamos...

Y si queremos que actúen los incentivos éticos, ¿cómo los impulsamos? ¿Pensamos que con más policía o con más cárceles se hace más virtuosa la sociedad? No, es con más virtud. ¿Pensamos que con más control de las instituciones financieras se van a hacer mejores instituciones financieras? No, es con más virtud. ¿Pensamos que con más hospitales vamos a reducir el SIDA? No, es con más virtud. Tampoco vamos a poner coto a la industria de la inmigración ilegal si no se siembra la riqueza en los lugares de origen de estos flujos, llevando los principios y valores que a nosotros nos han servido y que deben servir también a los otros, y es nuestra obligación llevarles nuestro mensaje.

El Papa Benedicto XVI en su encíclica *Caritas in Veritate* denunciaba “los efectos perniciosos sobre la economía real de una actividad financiera mal utilizada y en buena parte especulativa [...] la crisis nos obliga a revisar nuestro camino, a darnos nuevas reglas”.

En consonancia también con las palabras del Papa Francisco, y para reflexionar sobre estas nuevas reglas, estamos convocados en este Congreso. Michel Camdessus tiene la palabra.